

damente vamos extraviados, Ella es quien nos llama á penitencia, y nos dice: «Yo, yo soy quien os ha hablado, yo quien os ha llamado, quien os guía y allana el camino. Acercaos á mí y escuchad. ¡Ojalá hubierais atendido á mis mandamientos! Hubiera sido vuestra paz como un río y vuestra justicia como los abismos del mar. Salid de Babilonia, huid de los caldeos» (1).

María se nos descubre, ó bien como una Reina de misericordia que emplea la omnipotencia de sus plegarias en hacernos bien, y extiende sobre nosotros, y nos cubre con su regio manto para librnos de funestísimas desgracias, ó como una madre que lleva en su alma un tesoro inmenso de ternura y compasión, que siempre á sus hijos recibe con bondad y los pone á la sombra de su amparo, cuyo corazón palpita por ellos sin descanso y tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres.

¡Oh María! Consuelo del mundo, esperanza del mortal, ¿dónde están nuestras miserias y dolores cuando en Ti pensamos? ¿Dónde la amarga soledad en que llorábamos? Estás al lado del que sufre, endulzas su amargura, le brindas el consuelo y le das resignación: ¿quién puede desconfiar de su remedio teniéndote consigo? ¿Quién rehusará el cáliz que el Señor ponga en sus labios si Tú le animas á beberlo? Dulcísima Señora, Tú eres la esperanza más hermosa de mi vida; Tú mi fortaleza en el dolor; jamás desconfiaré, jamás sabré temblar; aunque los males caigan, cual horrible y

(1) Isa., XLVIII, 15, 20.

pesado turbión sobre mi frente, porque Tú estás conmigo y me darás la mano: ¡qué consuelo para un hijo! ¡qué esperanza para un pobre desgraciado! ¡qué encanto para quien os ama! Los ojos derraman lágrimas de amor y de ternura, se deshace el alma entera. Bendito mil veces el Señor que puso en Ti nuestra esperanza, y bendita Tú mil veces, que nunca desamparas á tus hijos. ¡Esperanza de los cristianos, ruega por nosotros!

CAPÍTULO II.

UNA FLOR QUE TRASCIENDE PUREZA.

§ I.

CUANDO los conquistadores pisaron por la vez primera el continente americano, quedaron sorprendidos al contemplar su encantadora belleza: una tierra virgen, vestida de variada y exuberante vegetación; sus elevadas y hermosísimas montañas cubiertas de nieve, sus bosques impenetrables, sus florecientes y tendidos valles, sus lagos cristalinos, la multitud incontable de sus canoras aves; su benigno clima, la riqueza fabulosa de sus minas, tejidas de veneros de oro y plata; su fresca y embalsamada brisa; su cielo hermoso «de purísimo azul como el zafiro».

Para ellos todo era nuevo y admirable, causando en sus almas tan profunda sensación, que los dejaba mudos. Hé aquí también lo que pasa en nosotros, cuando nos acercamos á esa tierra sagrada, ese bellissimo cielo, cuyos encantos arroban el alma del cristiano; tierra de verdadera promisión, donde mana leche y miel; tierra que resplandece con la luz de un sol de gloria; embalsamada con los perfumes de la gracia; tierra cuyas piedras son zafros, y cuyos terrones están llenos de oro (1): cielo que Dios mismo extendió cual hermoso pabellón (2), y en el que tiene su real trono, donde brilla la luz pura, y es la mansión del gozo eterno; paraíso del Señor, lugar de sus delicias. Sin embargo, llenos de fe y de respeto, de amor y piedad, diremos lo que el Señor nos inspire.

Internándonos en las místicas regiones de esa tierra santa cuyo conocimiento nos ocupa, hallamos en su suelo una bellissima flor que embalsama el mundo con su aroma: hablamos del instante primero de ser de María: instante bendito, cubierto de gloria divina, rayo de hermosa y espléndida luz que descende del trono de Dios, sonrisa del cielo, alivio del hombre, honor de Jesús: instante de amor y ternura, que llena nuestras almas de gratos recuerdos, de santo entusiasmo, de paz y alegría. El hombre gozoso se arroja á los pies del Señor, llevando un tesoro de inmensa gratitud, y eleva sus cantos de amor y alabanza: hé aquí lo que hacemos al presente.

(1) Job., xxviii, 6.

(2) Ps. ciii, 2.

Dijimos en el capítulo anterior que las primeras palabras que pronunció Dios acerca de la Purísima María, derramaron la esperanza en el mundo; ellas también eran un canto de triunfo y de gloria, de pureza y virtud.

La mujer predilecta del Señor quebrantará la cabeza de la serpiente. ¿Cómo podrá hacerlo? Una Niña que apenas sube al horizonte de la vida, ¿ha de vencer á la sangrienta bestia, y su virginal y delicado pie tendrá sobrada fuerza para estrellar la altiva frente del demonio? Dios la protege con su poderoso brazo, le da su misma vestidura, pone en sus manos sus armas vencedoras, la vuelve invulnerable; llega el momento del combate, y el demonio gime, brama y se retuerce horrendo al sentirse bajo la planta victoriosa de María; destrozada y llena de polvo la cabeza, su imperio arruinado, y el reino de Dios restablecido, y la hermosa luz del cielo bañando con suave resplandor los antros de la muerte; y escúchase una voz que anuncia vida y libertad: «Salid de entre los muertos....., hé aquí la luz de Dios....., es hora de vivir» (1). Cantemos alabanzas al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y su grandeza, y ha precipitado en el fondo del abismo al enemigo. El Señor es mi fortaleza y el objeto de mis tiernas alabanzas, porque él ha sido mi Salvador: Él es mi Dios, y yo publicaré su gloria: el Dios de mis padres á quien ensalzaré. El Señor se ha aparecido como un valiente campeón: es su nombre, el Omnipotente. Quedó sepultado el enemigo en

(1) Ephes., v, 14. Rom., xiii, 11.

el abismo, hundiéndose como piedra á lo más profundo. Tu diestra ¡oh Señor! ha demostrado tu soberana fortaleza. Tu diestra ha herido al enemigo. Y con la grandeza de tu gloria y poderío has derribado á tus adversarios. Enviaste su cólera y los ha devorado como una paja. Sopló tu espíritu y quedó anegado: hundióse como plomo en aguas impetuosas. ¿Quién hay entre los fuertes á Ti semejante, ¡oh Señor! ¿Quién hay á Ti semejante, tan grande en santidad, terrible y digno de alabanza, y obrador de prodigios? Extendiste tu mano y la tierra los tragó (1).

¡Qué canto tan hermoso en los labios de María; de esa Niña prodigiosa que sale del Señor en día de triunfo y gloria! ¡Qué canto tan hermoso también en nuestros labios! María es para nosotros la criatura más amada, el sol que alumbró nuestra vida: quien la toca nos toca el corazón, y bendecimos con ternura al que la ama.

Hé aquí delante de nosotros al Señor cubriendo de gloria y de pureza á nuestra amada; hace que triunfe del demonio en el instante primero de su sér, y ciñe su frente virginal con brillante y purísima diadema. ¿Y había de estar la lengua muda..... y el corazón pudiera contener su inmenso júbilo? Por esto cantamos al Señor, lo bendecimos con toda la efusión de nuestras almas. El Señor ha preservado del pecado á esa Niña á quien debemos tanto, que es la Madre más tierna que tenemos, y toda es amor para nosotros; que amamos más aún que nuestra vida....., el corazón se llena

(1) Exod., xv, 1, 12.

de ternura, el llanto inunda nuestros ojos. ¿Cómo, ¡oh Señor amabilísimo! podremos expresar la gratitud que llena el alma de tus hijos? ¿Qué palabras elevaremos á tu trono que correspondan dignamente al beneficio por el que te bendecimos? Grandiosas y admirables son tus obras, ¡oh Señor, Dios omnipotente!..... ¿Quién no engrandecerá tu santo nombre, puesto que Tú solo eres el piadoso? Bendición, y gloria, y sabiduría, y acción de gracias, honra, y poder, y fortaleza á nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén (1).

¿Amamos á Jesús? Lo ignoramos (2); y la terrible turbación que siente el alma con tan deplorable ignorancia, sólo calma cuando, humillados y temblando, nos arrojamos á los pies del trono de su misericordia; porque ella sabe inspirarnos confianza (3). Si ignoramos nuestro amor, suspiramos, sin embargo, por Jesús, y queremos amarle con grandísima ternura, con todo el corazón. Hé aquí otro motivo por qué debemos llevar delante del Señor nuestras adoraciones y alabanzas al pensar en la Concepción sin mancha de María. Ella es gloria y honor de Jesucristo. Su Majestad levanta su frente hermosa, entre todos los hombres, radiante de pureza: jamás se puede avergonzar de la encantadora y santa Niña que lo llevó en su seno; porque Ella nunca estuvo manchada con la culpa; siempre pura, grande, agradable á los ojos del Señor. Es gloria del hijo

(1) Apoc., xv, 3, 4; VII, 12.

(2) Eccle., ix, 1.

(3) Heb., iv, 16.

el honor de su padre (1). El hermoso y cándido ropaje que viste el Verbo del Señor trasciende doble y celestial pureza: fué formado por el Espíritu Divino, y este mismo Espíritu preservó del pecado á la dichosa Virgen en cuyo seno lo formó. Por esto, si nuestra muy amada Madre merece la más cumplida enhorabuena, Jesús también merece ser glorificado. ¡Glorificar al Divido Salvador en la pureza original de su querida Madre! Después de glorificarle por su Padre, ¿habrá otra cosa que así llene de consuelo el corazón, y que al mismo Jesús dé mayor contento? ¿Qué es la gloria que los ángeles y los hombres todos le tributan comparada á la que le da su tierna Madre en su santa Concepción? Hállase aquella gloria lejos de su augusta persona, por decirlo así; y procede de criaturas en quienes no ha depositado tan soberano y prodigioso amor como en María; mas la gloria de esta dulce Madre lo envuelve en suaves resplandores (2), le sigue á todas partes y le está unida como propia. ¡Bendita sea la gloria del Señor! (3).

De la misma manera podemos contemplar la gloriosa majestad del Padre, recibiendo dignísima alabanza en la pureza original de su Hija predilecta; ¡qué hermoso y digno es ese objeto en quien fijó su amor! El es la obra del Señor; pero una obra llena de su gloria, y cuyo brillo ilumina todas las cosas. ¡Oh cuán amable es la obra por ex-

(1) *Ecci.*, III, 13.

(2) *Hierem.*, XXXI, 22.

(3) *Ezech.*, III, 12.

celencia del Altísimo! Y la gloria que rinde al mismo Dios, ¿quién se saciará de contemplarla? (1).

El Espíritu Santo, soberano Esposo de María, ¿no recibirá honor é inmensa gloria, atendido el origen purísimo de su celestial esposa?

Las gracias de la mujer bañan de alegría el rostro de su marido y producen en él un afecto superior á todos los deseos del hombre (2). ¡Qué gracia tan pura y hermosa la primera que brilló en la frente de María! En ella se contempla el mismo Espíritu Divino; porque esa frente es el espejo de la majestad de Dios y es también María la imagen de su bondad (3); porque es la morada del Señor y está escrito: «Haré gloriosa la casa de mi majestad» (4).

Rendida al Eterno la más pura ofrenda del alma por la Concepción inmaculada de nuestra querida Madre, pasemos á contemplar algunas de las bellas figuras que la simbolizaban en la antigua ley y los ejemplos que hallamos en la misma naturaleza referentes al objeto en que nos ocupamos.

Ella es la inocente y cándida paloma que sale del arca de Noé por la salud de los hombres, y sin tocar el cieno ni mancharse en la corrupción de los cadáveres, vuelve al arca, trayendo un verde ramo de olivo: su Hijo único que va á los cielos para glorificar á su Padre. Es la urna de oro que

(1) *Ecci.*, XLII, 16, 23, 25.

(2) *Ecci.*, XXXVI, 24.

(3) *Sap.*, VII, 26.

(4) *Isa.*, LX, 7, B. M. V.

antes de ser colocada, en tiempo de Moisés, en el arca santa, fué llena del maná de los cielos, siendo su alma ya santa con prioridad de naturaleza al unirse á su cuerpo (1). Es la vara prodigiosa que no fué mordida ni envenenada por la serpiente de Faraón.

¿No vemos el rayo de luz que purísimo desciende de los cielos hasta el lodo sin mancharse, que ilumina las tinieblas sin quedar envuelto en su funesta obscuridad? Y María, llena de gracia y sin pecado, viene á nosotros trayendo la luz y la pureza.

Ella es el oro incorruptible, puro y siempre hermoso, que se encuentra en las entrañas de la tierra, pues en el seno de su madre, desde el primer instante de su sér, á los ojos del Señor brilló su alma inocentísima con la luz de una santidad muy grande. Es el óleo que nunca se confunde con el agua, mas siempre se conserva encima de ella; porque María no tuvo el peso del pecado, y la abundancia de la gracia la elevó sobre todos los mortales. Es la rama del árbol de la gracia que viene del Señor y que se injerta en la familia humana sin recibir su corrupción y dándole la vida que rebosa. Es la rosa purísima y fragante y sin espinas, sin embargo de salir de escabroso y triste tallo (2).

Ya que tratamos materia tan hermosa, digamos, á lo menos, una palabra acerca de lo que nos

(1) D. Bernardin., Opusc. De Concep.

(2) D. Bernardin., ubi sup.

dicen los sagrados libros con relación á nuestra Niña.

Amor, alabanzas, belleza y virtudes: hé aquí las perlas de inmensa valía con que adorna el Señor la diadema de pureza original que brilla en la frente de la más amada de su corazón. Oigamos la voz del celestial Esposo: «Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; pasó ya el invierno, disipáronse y cesaron las lluvias; despuntan las flores en nuestra tierra; llegó el tiempo de la poda; el arrullo de la tórtola se ha oído en nuestros campos; la higuera arroja sus brevas; esparcen su olor las florecientes viñas. Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven; paloma mía que anidas en los agujeros de las peñas, en las concavidades de las murallas, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, pues tu voz es dulce y es hermoso tu rostro» (1).

¿Cómo añadir una palabra sola á tan hermosas expresiones, que así descubren el inmenso y singularísimo cariño que el Señor dispensa á la inmaculada Niña? Amiga muy amada, hermosa sin defecto, paloma sin mancilla. Escuchemos sus elogios: «¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Como de paloma son tus ojos, vivos y brillantes. Tu rubio cabello, finísimo como el pelo de los rebaños de cabras que vienen del monte Galaad. Tus dientes, blancos y unidos como hatos de ovejas acabadas de lavar. Como cinta de escarlata son tus labios; dulce y sonoro tu hablar. Como corteza de granada tus mejillas. Tu cuello, como

(1) Cant., II, 10 et seq.

la torre de David, recto y airoso. Toda eres hermosa, amiga mía; en ti no hay defecto alguno. Hermana mía, mi amada esposa, heriste mi corazón, sí, lo heriste con sola una mirada, con una trenza de tu cuello. ¡Cuán bellos son tus amores, hermana mía, esposa! Más agradables son que el vino, y la fragancia de tus vestidos excede á todos los perfumes. Son tus labios un panal de miel; miel y leche tienes bajo tu lengua, y es el olor de tus vestidos como el olor de suavísimo incienso. Eres huerto cerrado, fuente sellada (1). Eres hermosa, querida mía, y llena de dulzura; bella como Jerusalén. Aparta de mí tus ojos, pues me han hecho salir fuera de mí (2). Esos ojos, que se parecen á los estanques cristalinos de Hesebón. ¡Oh hermosa princesa, y con qué gracia andan tus pies en tan rico calzado! Es elevada y majestuosa tu cabeza, como el Carmelo. Tu talle parécese á la palma. ¡Cuán bella y agraciada eres, oh amabilísima y deliciosísima princesa!» (3).

Hé aquí cómo aun antes de existir formaba ya la Inmaculada María las delicias del Eterno, que una y otra vez complácese en llamarla única, por su inocencia y sencillez incomparables: su esposa, por los sagrados vínculos que con ella lo estrechan; su paloma, en razón de su fecundidad inmensa; porque, ¿quién le habría de dar los hijos que María? ¿No es, por ventura, á ella también á quien dice el Señor: «Traedme á mis hijos de re-

(1) Cant., VI, I et seq.

(2) Id., VI, 3-4.

(3) Id., VII, I et seq.

motos climas y á mis hijas de los extremos del mundo?» (1). Hijos que trae en sus brazos, hijos que pone en sus hombros para acercarlos á Dios (2); porque nadie como Ella acaricia con dulce ternura á todos los pobres mortales que llama el Señor: nómbrala su hermana, pues vive siempre con Él; su amiga, por su ferviente cariño; su inmaculada, por el purísimo brillo de su origen (3); su hermosa, por las gracias que adornan su casta frente; su amada, por el singular destino que Dios desde la eternidad le señaló; su huerto, porque rebosa en delicias y se halla cubierto de flores y embalsamado con exquisitos aromas (4).

Expresiones son estas llenas de incomparable ternura, y van revelandó un inmenso amor, una predilección tan singular, que parece perdido, borrado todo de su presencia cuando su Majestad contempla la resplandeciente y agraciada figura de María, delante de quien abre Él mismo una senda florida y gloriosa, senda inmaculada por la que marchará sin tropiezo, salvándola su protección, amparándola su diestra para caminar con fortaleza, destrozando á sus enemigos, que no podrán resistirle, y cantando así al Señor: «Viva el Señor: bendito sea mi Dios; sea glorificado el Dios de mi salud. Tú, ¡oh Dios mío!, que sales á vengarme, me libraste de la saña de mis enemigos; me ensalzarás sobre los que se levantan contra mí;

(1) Isa., XLIII, 6.

(2) Id., XLIX, 22.

(3) D. Bonav., Serm. de S. Cath.

(4) D. Hieron., D. Assump., B. M. V.

me librarás del hombre inícuo. Por tanto, yo te alabaré, ¡oh Señor! entre las naciones, y cantaré himnos á la gloria de tu nombre (1).

¡Qué hermosa es María! ¡Qué luz tan pura y serena derrama su feliz y santa Concepción! Antes de este momento de gracia hallábase el mundo en tinieblas: Dios tenía oculta la luz entre sus manos (2); fué concebida la dichosa Niña, y dejóse ver una viva exhalación de la virtud del Eterno; emanación pura de la gloria del Omnipotente. Sonrió el hombre de alegría muy grande cuando sus ojos contemplaron el suave resplandor de tan bella luz, el espejo inmaculado del Señor, la imagen agraciada de su bondad, la que es más hermosa que el sol, y sobrepuja á todo el orden de las estrellas, y más pura que la luz, pues á ésta sigue la noche; pero la malicia jamás prevalece contra la sabiduría (3). Detengamos el paso un momento. ¿Quién puede dejar de contemplar en arrobador encanto á la hermosa María al salir como purísimo aliento (4) de los labios del Señor? Ese poderoso y soberano aliento matará al impío (5), porque está lleno de la virtud de Dios y sale envuelto en los inmensos resplandores de la luz eterna, que no pueden resistir los ojos del hombre enemigo, y ese aliento jamás será manchado.

(1) Ps. XVII, 33 et seq.

(2) Job, XXXVI, 32,

(3) Sap., VII, 25 et seq

(4) Sa. hic.

(5) Isa., XI, 4.

El aliento del Señor, los resplandores de la gloria de su trono, la luz, el sol, las estrellas: imágenes muy hermosas, de la celestial María; el aliento del Señor le da virtud, la cubren sus resplandores, la luz simboliza su pureza, la viste el sol, y las estrellas se hallan sembradas en su regio manto. ¿Cómo no exclamar una y otra vez: ¡Qué hermosa, qué pura, qué santa es María! Mas dejemos que ella misma refiera su historia, y cante su origen glorioso (1), y forme su elogio, y se honre en Dios, y se glorie en medio de su pueblo. Ella será ensalzada en medio de su pueblo, y admirada en la plena congregación de los santos. Y recibirá alabanzas de la muchedumbre de los escogidos, y será bendita entre los benditos. María habla en estos términos: «Yo salí de la boca del Altísimo, engendrada primero que existiese ninguna criatura. Yo hice nacer en los cielos la luz indeficiente, y como una niebla cubrí toda la tierra. En los altísimos cielos puse mi morada, y mi trono sobre una columna de nubes. Yo sola hice todo el giro del cielo, y penetré por el profundo abismo, me paseé por las olas del mar, y puse mis pies en toda la tierra; y en todos los pueblos, y en todas las naciones tuve el supremo dominio. Con mi poder sujeté los corazones de todos, grandes y pequeños; y en todos esos pueblos y naciones busqué mi descanso, y en la heredad del Señor fijé mi morada. El Criador de todas las cosas, el que me crió, descansó en mi seno, y me dijo: «Habita en Jacob, y sea Israel tu herencia, y echa raíces en mis

(1) Eccí., XXIV.

escogidos. Desde el principio y antes de los siglos recibí yo el sér, y no dejaré de existir en todos los siglos venideros; y en el Tabernáculo santo ejercité mi ministerio en su presencia. Fijé mi estancia en Sión, y fué el lugar de mi reposo la ciudad santa, y en Jerusalén está mi trono. Y eché raíces en un pueblo glorioso, y en la porción de mi Dios, la cual es su herencia: y mi habitación en la plenitud de los santos. Elevada estoy cual cedro sobre el Líbano, cual ciprés en el monte de Sión. Extendí mis ramas como una palma en Cades, y como el rosal plantado en Jericó; me alcé como hermoso olivo en los campos, y como el plátano en las plazas, junto al agua. Como el cinamomo y el bálsamo aromático despedí fragancia. Como escogida mirra exhalé suave olor; y llené mi habitación de odoríferos perfumes, como de estoraque, de gálbano, de onique, de lágrima de mirra y de incienso virgen; y mi fragancia es como la del bálsamo sin mezcla. Extendí mis ramas como el terebinto, ramas llenas de majestad y de hermosura. Como la vid broté pimpollos de suave olor, y mis flores dan fruto de gloria y riqueza. Soy la madre del amor hermoso, y del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. En mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que os halláis presos de mi amor y saciaos de mis dulces frutos. Mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más suave que el panal de miel.»

¡Qué expresiones, qué lenguaje! Arrebatan de admiración, y dejan el alma suspendida en éxta-

sis de encanto. Al escucharlas, los hijos de María sentimos las delicias de la gloria, y exclamamos de nuevo: ¡Qué bello panorama contemplamos! Un cielo brillante y hermoso, que derrama torrentes de luz sobre el mundo, la Iglesia y los santos (1); una nube que cubre la tierra, que luego fecunda con lluvias de gracias, que aparta las iras de Dios: pequeñita, atendida su grande humildad; que hace sombra impidiendo que el fuego de ardientes pasiones nos quemé; que brilla, llevando en su seno la luz, y se halla entre Dios y los hombres, cual piadosa abogada del mundo (2). Una Niña que vive en la altísima región de los cielos, por su inmensa y perfecta pureza; desprendida del mundo, amando al Señor, custodiada y servida por ángeles; que sale purísima de los labios del Eterno, primero que toda criatura; porque fué más hermosa y amada del Padre que el mundo y los cielos: esa Niña, sola, recorre volando, el giro del cielo, para vernos á todos y darnos socorro y amparo: conduce á la Iglesia por las sendas del cielo; que pide al Señor nos proteja, y entonces los santos ruegan también por nosotros; penetra los hondos abismos, y camina en las ondas del mar. Esa Niña desciende á nosotros trayendo el arrepentimiento y el dolor; y baja al lugar de la expiación y consuela á los que allí padecen; asiste á todas las aflicciones y congojas de la vida; y párase después á contemplar las desgracias de los hombres, derramando sobre ellos la luz, el consuelo y la

(1) D. Bonav. Eccles. Hierar., p. IV, c. VII.

(2) Bonav., Eccles. Hierar., p. IV, c. VII.